

CAPÍTULO V

Nuestra Señora de Loreto que se venera en el templo de la Compañía de Jesús de Quito (Ecuador)

SUMARIO. I. El Padre Onofre Esteban. II. La santa imagen.
III. La azucena de Quito.

I.

EL PADRE ONOFRE ESTEBAN.

La inclita Compañía de Jesús se estableció en América en 1565. El Padre Provincial, Jerónimo Ruiz de Portillo, y varios otros religiosos del tal Instituto llegaron á Lima, enviados por su General San Francisco de Borja, á petición del rey prudente Felipe II. Pronto el olor de las virtudes de estos santos varones se difundió por las demás colonias españolas, y todas ansiaban tener una residencia de tan laboriosos operarios de la viña del Señor. Quito fué de las más solícitas en procurarlos, y también de las más afortunadas, pues veinte años después de la fundación de Lima, logró tenerlos en su recinto. Tres sacerdotes y un Hermano coadjutor, cuyo superior era el P. Baltasar de Piñas, de quien hace pomposo elogio el P. Ribadeneira en su obra *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, fueron los primeros jesuitas que llegaron á Quito; y después de haber estado alojados en el hospital y en la parroquia de Santa Bárbara, por fin lograron edificar el grandioso templo que está cerca de la Catedral y es uno de los más bellos de

la América meridional, y que costó cerca de dos siglos darle completo remate. Increíble es lo que trabajaron en la ciudad, sobre todo dedicándose á la enseñanza de la juventud; para lo cual fundaron el Seminario de San Luis y la Universidad de San Gregorio Magno. Evangelizaron á los indios, y en las inmensas selvas del Napo y Marañón se vieron surgir reducciones tan ejemplares y ordenadas como las del Paraguay. La Compañía se vió entonces rodeada de una aureola de santos y esclarecidos varones, como los Padres Álvarez de Paz y Juan Pedro Severino, y no le faltaron mártires. La noticia de estas labores llegó á Roma, y el Papa Paulo V dirigió un Breve á la ciudad de Quito, felicitándola por la adquisición de tan benéfico Instituto. Sin embargo, haré caso omiso de las virtudes y dotes de estos esforzados campeones, y me limitaré á dar breve reseña de la vida del P. Onofre Esteban, que por el largo espacio de sesenta años evangelizó el Ecuador; porque este digno hijo de San Ignacio es el que expuso al culto público la imagen cuyo título aparece á la cabeza de estas líneas.

Nació el Padre Esteban en Chachapoyas, ciudad del Perú, de familia noble y rica. Á la temprana edad de catorce años ingresó en la Compañía en Lima, y ordenado de sacerdote, solicitó que se le dedicara á la conversión de los indios. La obediencia lo envió á Quito. Principió su ministerio anunciando la palabra de Dios en la ciudad, donde realizó verdaderos prodigios de celo. «Predicaba en los templos, dice su biógrafo, en las plazas y en las calles á donde se juntaba el concurso de la gente, con tal fuego de espíritu que sus palabras eran flechas que pasaban los corazones y llamas que los encendían en el fuego de la contrición, dolor de sus culpas, deseos vivos de penitencia y desprecio del mundo. Los ojos de los oyentes derramaban lágrimas. De sus

bocas salían dolorosos gemidos; no se oían en el auditorio sino lamentos, sollozos y suspiros; y muchos, antes de salir del sermón, se reconciliaban con sus enemigos, pidiéndose perdón con entrañable caridad y amor; otros heridos de la fuerza de sus razones, corrían como ciervos á la fuente de la confesión y la hacían generalmente de toda su vida. Fué tanta la moción que hubo en la ciudad de Quito y la mudanza de vida y reformatión de costumbres, que muchos, por satisfacer por los escándalos públicos que habían dado, salieron con públicas penitencias, unos con disciplinas, otros con cruces; y fueron tantos que se hicieron procesiones como si fuera Semana Santa, con igual ejemplo y edificación del pueblo.... Fué tan rara la mudanza que hubo en toda la ciudad con su predicación, que parecía haberla trocado totalmente en otra diferente de la que era cuando entró en ella. Realizó conversiones admirables, como la de una dama célebre por su hermosura y también por sus desórdenes, que á mitad de un sermón, herida por contrición vivísima y derramando torrentes de lágrimas, dió voces en medio del auditorio, clamando al cielo y al predicador por el perdón de sus culpas; y quitándose las galas, como otra María Magdalena, se arrojó á sus pies y mudó de vida, siendo tan ejemplar en adelante, como escandalosa había sido primero.

Los mismos portentos obraba en los pueblos y reducciones de indios donde más tarde ejerció su ministerio. Los viajes los hacía siempre á pie. Fué ejemplo de mortificación y penitencia, vistiendo á raíz de la carne uno como saco de cilicio que le llegaba desde el cuello hasta cerca de las rodillas; las disciplinas cotidianas y los ayunos casi continuos; su cama fué una tarima con una piel seca por colchón y una pobre manta por abrigo, que no fué pequeña penitencia en tierra de tan continuo frío. Andaba constantemente en la presencia de

Dios; dedicaba á la oración gran parte de la noche y todo el tiempo que le quedaba libre entre el día. En una palabra, fué un verdadero santo. El cielo le favoreció además con el don de milagros y el de profecía.

Entre sus virtudes descollaba un tierno amor á la sacratísima Reina de los ángeles. Ante sus aras pasaba largas horas encomendándole sus necesidades espirituales y el fruto de su ministerio. De ella predicaba con frecuencia y propagaba su culto en el confesonario y en las pláticas familiares. En las misiones sacaba su imagen en procesión, y ésta era una industria con que lograba la conversión de innumerables almas. En cambio María le miraba con ojos benignos. Le prolongó la vida tres años después de grave enfermedad, le reveló el día de su muerte y se le apareció en diversas ocasiones.

El 3 de Noviembre de 1638 terminó su gloriosa carrera y sus exequias fueron un verdadero triunfo. Todos querían objetos de su uso para conservarlos como reliquia.

II

LA SANTA IMAGEN

Los Padres de la Compañía desde su llegada á Quito trabajaron en propagar la devoción á la Virgen Santísima de Loreto. Y se explica este celo, porque había entonces en la Iglesia interés para difundir el rezo de las Letanías Lauretanas, que se habían empezado á cantar en el santuario de Loreto en 1483. Los jesuitas hicieron lo posible por extender el tal rezo, y al efecto fundaron cofradías y hasta reducciones de indios con este fin, y á la primera capilla provisional que construyeron le dieron por titular á Nuestra Señora de Loreto. Santo Toribio de Mogrovejo había compuesto unas preces ó leta-

nias en honor de la Santísima, Virgen y obtuvo que la Santa Sede las aprobara y concediera indulgencias; pero cayeron en desuso desde que se estableció la práctica de añadir al Rosario las Letanías Lauretanas, que son, en expresión de Bossuet, un compendio de las grandezas y alabanzas de la Madre de Dios. De la obra del santo Arzobispo de Lima sólo quedan esas salutations que el pueblo suele intercalar en las decenas del Rosario: «Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad».

Distinguióse entre todos los jesuitas en su amor á Nuestra Señora de Loreto el P. Onofre Esteban. Hizo venir de Europa, según se cree, una preciosa imagen de ese título, y la colocó en la capilla provisional que tuvieron los jesuitas al lado del colegio y que fué fruto de sus desvelos y fatigas. Esta imagen es la que todavía existe en el templo de la Compañía, aunque cerca de dos siglos fué venerada en Satacunya, donde los jesuitas tenían el noviciado antes de la expulsión.

El señor presbítero Matovelle la describe con estas palabras: «Es de tamaño natural, mide un metro cuarenta y cinco centímetros de estatura: se asienta en una silla de estilo romano antiguo, tiene al Niño, que mide sesenta y cinco centímetros, atravesado en el regazo, ligeramente reclinadas las espaldas en el brazo izquierdo de su Madre Santísima, que lo estrecha con la mano siniestra, y con la derecha empuña un sencillo y pequeño cetro. Ambas Imágenes aparecen coronadas y con expresión y ademán muy naturales. Visto de lejos el grupo no es tan atractivo y hermoso como de cerca. La Virgen viste una túnica de rojo violáceo y un manto azul, con esmaltes de oro. El rostro y las manos, en ambas estatuas, son de madera; el ropaje, de limón

acartonado. El estilo y la ejecución de esta escultura anuncian, de conformidad con la tradición, una obra española, ya sea realizada en la Península con materiales enviados quizás de América, ó hecha aquí por un artista europeo».

Se refieren varios milagros obrados por la Santísima Virgen mediante su santa imagen. El biógrafo del P. Esteban refiere el siguiente: «Estando aquel santo religioso en Quito, vino á él una india con una niña casi muerta en los brazos, llorando y lamentando su desgracia, y pidiéndole remedio con más lágrimas que palabras. El buen Padre la consoló y la persuadió que tuviese confianza en Dios y en su bendita Madre, que, si le convenía, darían salud á su hija. Tomó el Padre á la niña en sus manos y la puso sobre el altar de Nuestra Señora de Loreto, pidiéndole de rodillas que consolase á la afligida madre. Dentro de breve rato volvió á tomar la criatura buena y sana, con el gozo que se deja entender de la madre, que la lloraba por muerta». Los escritores afirman que existían tres cuadros donde estaban reproducidas ciertas maravillas obradas por la Virgen de Loreto, bien que han desaparecido. Pero el milagro más grande de esta santa efigie es que bajo su influencia germinara y floreciera en América aquella niña angelical, portento de la gracia, la Beata Mariana de Jesús Paredes, conocida por el simpático renombre de *Azucena de Quito*. Resumiremos en pocas líneas su seráfica vida.

III

LA AZUCENA DE QUITO

Cerca de la media noche del 31 de Octubre de 1618 nació en la ciudad de Quito la niña destinada por la

Providencia para servir de modelo en América á las jóvenes, que no pudiendo ingresar en el claustro, anhelasen santificarse en el seno de la familia, la niña que debía ser un recuerdo viviente de las virtudes practicadas por la Santísima Virgen en el bendito hogar de Nazaret. Cuando Dios predestina á una criatura para un fin elevado, la previene con bendiciones de dulcedumbre, la rodea de circunstancias felices que la ayudan á cumplir su misión.

Mariana de Jesús, que venía destinada á ser un lirio de pureza, vió la luz del día en el seno de una familia noble y honrada que perfumaba á los habitantes de la capital del Ecuador con el aroma de sus relevantes virtudes, de tal modo que su casa era conocida con el honroso título de *Casa de oración*.

Era jefe de la familia el hidalgo capitán español Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y casado con doña Mariana Granable Jaramillo, descendiente de los conquistadores, pero nacida en Quito. Estando esta matrona en los momentos críticos del alumbramiento quiso el cielo revelar la grandeza de la niña que iba á nacer con un asombroso prodigio. Cuantos estaban en la casa vieron aparecer repentinamente sobre la alcoba lucidísima estrella que servía de base á una esbelta palma formada de otras estrellas más pequeñas y menos resplandecientes. Por este anuncio conocieron los venturosos consortes que la Providencia les confiaba un tesoro que debía enriquecer después su hogar con inapreciables bienes, y así se dedicaron á darle una educación esmerada y digna de su sangre.

Pero quien más celaba por la niña era la Virgen Inmaculada, pues había nacido bajo las alas de su patrocinio en un sábado y á dos cuadras de la iglesia de la Compañía, donde se veneraba la imagen de Loreto. Mariana de Jesús bebió con la leche materna la tierna